

Un gramo de locura

¡Hola amigos! Me vino la idea tras la lectura de los periódicos de la mañana. ¿Cómo y en qué momento le entra la vena loca a la humanidad?

No es raro el interrogante después de leerse la prensa.

Si la sabiduría colectiva de los refranes es un hecho, no hay duda que de “poetas, santos y locos” todos tenemos un poco. Lo de santos y poetas lo aceptamos. Pero hace falta mucha libertad interior para que no nos importe dejar al descubierto la pérdida, accidental, de algún tornillo.

Somos tan importantes que ahogamos nuestras pequeñas desviaciones, nuestros impulsos rebeldes contra la monotonía uniforme que se nos impone. Nos puede la mansedumbre lanar. Hasta que un buen día la caldera estalla y el respetable señor, la entregada cuidadora de enfermos de la casa, salen en la página de sucesos.

A veces, las manifestaciones son menos fuertes, pero los efectos son peores. Muchas de las ideologías y doctrinas que han conmocionado al mundo tienen el mismo origen.

Lo malo es que las extravagancias de la gente importante son difíciles de identificar. Surgen donde menos se espera y no ganamos para sustos.

Creo más honesto que cada uno oriente la vena loca hacia sus propios derroteros y deje las cosas en paz. ¿Cómo? Cultivando manías personales, extravagancias divertidas que a nadie perjudican.

Ya se sabe que al llegar a cierta edad lo correcto es tener alguna que otra manía, eso sí, reconocible, para que quienes conviven con nosotros sepan a qué atenerse.

Quien dice a cierta edad, dice en todo tipo de crisis porque los años locos no son precisamente los años veinte sino los cuarenta o cincuenta, esa edad de encrucijada que llaman los franceses “démon de midi”.

Oír música de bandas militares, seguir el vuelo de los pájaros, marcarse tangos en solitario, plantar geraneos, leer comics, sentarse en los bancos de la calle y, observar, despacio, al personal, organizar safaris en casa, vestirse en plan “vintage”, montarse en vehículos de rutas desconocidas, lanzarse a la búsqueda de churros calientes...La lista sería interminable y cada quien encontrará la suya apropiada.

Se ha dicho que “el mundo moderno sufre, por falta de fantasía”. La libre y gozosa iniciativa desaparece en gran número de trabajos. Se impone la eficacia, el rendimiento, los planes milimetrados. El hombre actúa, se agita, se desplaza a golpe de reloj. Un día, cuando menos se espera, el polvorín estalla.

Sí. El gramo de locura que todos guardamos, catalizado unánimemente por los medios, resulta demoledor.

En todo caso, es posible el consejo médico. “Grandes paseos al aire libre, a ser posible en espacios abiertos...”.

No suena mal. ¿Verdad?

Déborah

